

Sin calcular el peligro que corría al atravesar las piedras resbaladizas que componían el único camino, me lancé con resolución y llegué sin el menor accidente al sitio en que había colocado sus reales mi pato.

—Ahí lo tienes: cógelo,—me dijo mi amigo.

Tuve la sencillez de seguir este consejo en lugar de tirarle un tiro al palmípedo; así sucedió que, tomando la cola por la cabeza, el animal se arrojó al agua, dejando entre mis dedos índice y pulgar el penacho en forma de corazón, que forma el más hermoso adorno de su parte posterior; lindas plumas rizadas de esos presumidos de *colverts*, y con las que las hembras se dejan engatusar en la estación de los amores.

Invertimos casi una hora en buscar á nuestro fugitivo en las dos orillas; pero teníamos que habérnoslas con un astuto zorro, que nos hizo perder la pista de tal modo que nos vimos obligados á abandonar la partida. Al volver á repasar la vertiente, no estando sostenido, como la primera vez, por la esperanza de un buen éxito, me deslicé desgraciadamente; y si no hubiera sido por la correa de mi escopeta, que se enganchó en un chaparro, hubiera rodado al riachuelo, que en aquel sitio era profundo, y por consecuencia no estaba helado.

A nuestro regreso convinimos en que al día siguiente, por la mañana, iríamos juntos á buscar al herido.

Al otro día el riachuelo fué explorado en todos sentidos, sin el menor resultado, por ambos; y ya nos disponíamos á abandonar todas nuestras pesquisas, cuando un silbido de alas bien conocido me llamó la atención. A poco, un punto negro se separó del horizonte y se dirigió en línea recta adonde estábamos. Púseme la escopeta en el hombro, y cuando juzgué que el palmípedo estaba á tiro apreté el gatillo. A la detonación vi caer el pato, y mi admiración alcanzó tales proporciones que no me atreví á dar un paso por miedo de que cayera en el río. Pero el pájaro rodó á tierra y en dos brincos me arrojé sobre la víctima, á la que cogí por el cuello, sin vacilar esta vez.

Nos montamos al momento sobre el asno y corrimos desalados al vado, en el que tomamos un baño mayúsculo á causa de un tropezón de nuestra cabalgadura en donde menos podía pensarse.

Este baño intempestivo, que no estaba en el programa, enfrió no poco nuestro entusiasmo. Sin embargo, nos levantamos los tres lo mejor que pudimos, sin haber sufrido serias averías, y de común acuerdo nos pusimos en camino á pie. Espero que nuestros lectores no creerán que me dejara olvidado el pato en el chapuzón.

La entrada en casa de mis padres no fué tan brillante como había pensado. En vez de los elogios que creía tener derecho á esperar sin nuestra desgraciada inmersión, recibí no escasas reprensiones, bien merecidas por otra parte, y mis padres me prohibieron salir de caza hasta nueva orden.

Pero así que hube cambiado de vestido y se hubo disipado el primer momento de mal humor, me atreví á levantar los ojos, y noté en todas las miradas ciertas señales de compasión que se conceden á las víctimas inocentes. Mi hermana, más joven que yo, no podía contener la risa. Animado algún tanto, poco á poco volví á recobrar mi presencia de espíritu delante del *colvert*, que mostraba su bello ropaje sobre la mesa.

Antes de dos horas había conseguido mi perdón, y el permiso de volver á cazar, de mis padres. (1)

### III

La caza de ánades se divide en dos: la de verano ó caza de anadones, que son aquellos que empiezan á volar; y la de invierno, ó de patos ya desarrollados.

No debe nunca empezarse la primera antes de principio de julio, porque la carne de los pollos no voladeros ó anadinos es insulsa, y porque apenas pueden volar. El verdadero cazador no abre esta caza hasta mediados del mismo mes, porque en esta época es cuando más placer proporciona, pues no tienen fuerza suficiente en las alas para volar largo rato, ni la astucia suficiente para remontarse y pasar á otras aguas.

Cuando se cazan anadones debe evitarse tirar á los padres, que ordinariamente les acompañan, y se tirarán sólo en el caso excepcional de que residan en pantanos estrechos ó en acequias y fosos; porque, tan luego como barruntan un peligro, conducen á la banda fuera de estas localidades para no volver tal vez más, particularmente si estos sitios tienen comunicación con aguas corrientes; pero, matando en tal caso á los padres, los pequeños regresan después de haber volado muy corto espacio de tiempo.

Cuando se sepa donde moran bandas de ánades próximos á romper el vuelo, se establece la caza, ó, lo que es lo mismo, se fijan los puestos donde han de ser colocados los cazadores, que serán numerosos si se quiere cazar con éxito, llevando las escopetas cargadas con plomos del número cuatro.

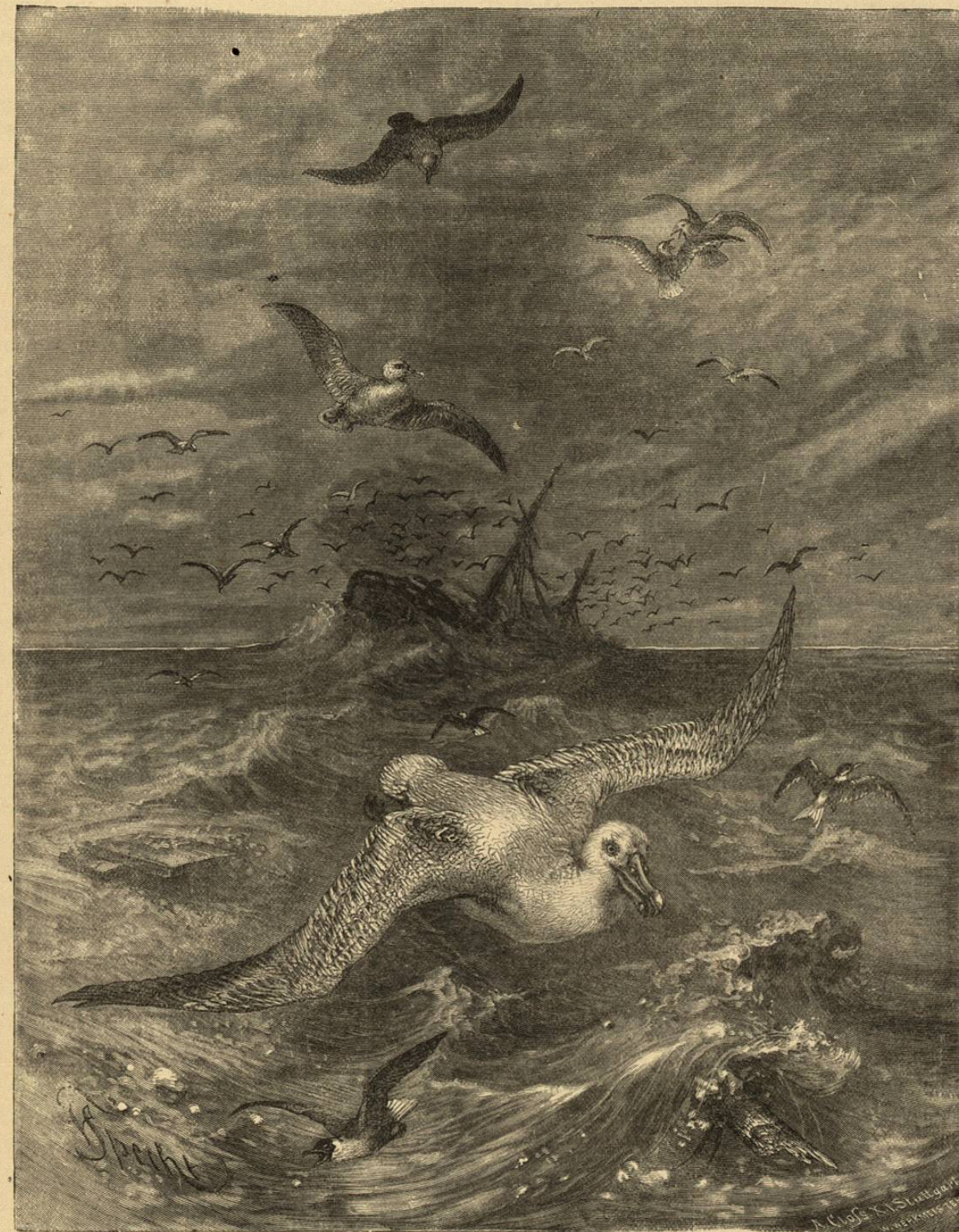
(1) *Ilustración Venatoria*, enero 1875.



AVES Y CAMPÁNULAS

Cuando las aguas en que se va á cazar contengan mucha maleza, vale la pena de preparar las cosas de antemano. Ante todo, desde mediados de junio debe

de observarse diariamente, por la mañana y por la tarde, los sitios en que más concurran, y los claros donde residen de ordinario. Esta operación debe hacerse



Albatros

siempre con buen viento y estando bien á cubierto. Desde el día 21 del citado mes se pondrá sumo cuidado en cómo y de qué manera se verifica el crecimiento

de las remeras. Tan luego como se observe por primera vez que los anadinos pisan con sus pies la superficie del agua, se enderezan y baten las alas en el aire,

es llegado el momento, y á las veinticuatro horas habrá de verificarse la preparación de los puestos.

Para que la cacería tenga brillante éxito, conviene de antemano cortar la maleza, formando calles de seis á ocho pies de anchura, y en ellas colocar los puestos, que deberán estar á cubierto y formados por barricas bien preparadas para que desde ellas pueda hacer fuego el cazador, y situadas de manera que los tiradores no se puedan hacer daño de un puesto á los inmediatos.

Debe, siempre que sea posible, elegirse para cazar un día tranquilo y placentero, y después de estar los tiradores en sus respectivos puestos se procede al ojeo en toda la parte cubierta de plantas acuáticas, por medio de perros, ó aun mejor por ojeadores si el fondo lo permite; pero es aún más conveniente que los cazadores más jóvenes se introduzcan en el agua, llevando perros á propósito para verificar bien el ojeo, con el fin de que puedan tirar si los ánades rompen hacia el interior de las lagunas. Cuando éstas sean de poco fondo, sería conveniente formar islotes artificiales y cubrirlos de vegetación, para que pudieran repartirse mejor las escopetas.

Debo hacer la advertencia, á los cazadores que se dediquen mucho á este género de caza, de que no empleen en estos ojeos sus buenos perros de volatería, porque cuando la operación es de larga duración los perros se fatigan en extremo, pierden sus buenas costumbres y la sensibilidad en los nervios de la nariz, por las frecuentes lesiones que se producen con las aristas cortantes de las plantas acuáticas: además, se predisponen con mucha facilidad al moquillo ó á dolores reumáticos. Mucho mejor es tener perros de pelo largo destinados á este ejercicio, cuya instrucción consistirá sólo en tener obediencia y saber cobrar.

Si las aguas en que se caza son de muy grande extensión, será más conveniente tener lanchones preparados, en los que se situarán dos escopetas en cada uno y un barquero encargado de ponerle en movimiento. También se emplean las redes para que el botín sea mayor.

Sólo en estos casos excepcionales se suele permitir el uso de las redes, ó bien cuando haya tanta maleza que no se puedan verificar bien los ojeos y la caza tenga albergue demasiado seguro. Pero el uso de las redes está hoy prohibido por la ley.

En los estanques y lagunas de no excesiva dimensión, ó en aguas sin corriente y de poca anchura, como sucede con los antiguos lechos de ríos, el verdadero cazador, el que antepone la calidad á la cantidad de tiros,

debe preferir siempre el rececho ó busca con el perro.

Si las condiciones del cazadero son tales que se puedan verificar varias cacerías de la manera arriba indicada, ha de procurarse el encargado tener de antemano instalados los puestos alrededor de las lagunas, de modo que la mayor parte de las escopetas tengan buen viento de costado, y que sólo un par, ó á lo más tres, estén situadas con mal viento. Si el estanque ó laguna fuese demasiado grande para que no pudieran ser cubiertas con puestos todas sus orillas, el que dirige los ojeadores, al llegar á la línea de la primera escopeta, hará una señal convenida, con objeto de que todos los tiradores que están en tierra se corran al puesto inmediato, y así se procederá hasta dar la vuelta á toda la laguna: verificado esto, se hará salir los perros del agua, y al cabo de algún tiempo se repite esta misma operación, como la vez anterior.

Los encargados del ojeo deben procurarse que los perros no dejen nada sin registrar, especialmente los sitios en que hay más maleza, para levantar las piezas que en ella se guarecen.

Las piezas muertas podrá hacerlas cobrar cada cazador con su perro para que se las lleve á su puesto, pues los que van con los ojeadores tienen suficiente trabajo con llevar las que matan los tiradores que les acompañan y en hacer la busca. Los perros, cuando tienen alguna práctica en esta caza, saben que los ánades heridos, y los que cansados no pueden remontar su vuelo, se ocultan en los arbustos y matas que están en las orillas fuera del agua y en las praderas inmediatas: por esto suelen salir del ojeo para cazarlos allí por cuenta propia. No se les debe permitir que repitan esta operación con demasiada frecuencia, y nunca antes de haber terminado el ojeo, pues de lo contrario se acostumbran á buscar en las orillas en lugar de trabajar entre las plantas acuáticas.

Antes de terminar la caza de los anadones, creo conveniente hacer las siguientes observaciones:

1.ª Cuando se vea que un pato viejo grazna ante el perro agitando sus alas, y dando muestras de ansiedad se remonta en el aire y vuelve pronto á echarse en el agua, es señal de que tiene allí la cría y que ésta es débil para poder volar. En este caso debe llamarse al perro y seguir la busca hacia adelante.

2.ª Cuando los pollos están más desarrollados, aunque no sean voladeros, tiene la madre más confianza en sus fuerzas y en su instinto de conservación; por lo cual se levanta antes, y nada huyendo, ó se remonta en el aire, acudiendo pronto para ver qué ha sucedido á su cría.

3.ª Todos los patos heridos se sumergen y se afianzan con el pico en las cañas de los juncos para no salir á la superficie: otras veces se sumergen huyendo de los perros. Cuando esto se note, deben llamarse á éstos para continuar cazando, y al repetir el ojeo se encuentran los patos heridos en las orillas, fuera del agua, donde los pueden coger con suma facilidad.

4.ª En ninguna cacería es tan recomendable la pru-

dencia como en esta. Deben fijar bien su atención los cazadores, no sólo en los puestos de sus compañeros, sino también en los sitios por donde van los buscadores, los ojeadores y los perros. Apenas se concibe la fuerza que adquieren los plomos cuando son rechazados por la superficie de las aguas, y las diversas direcciones que toman, por lo cual el peligro en estas cacerías es constante cuando los cazadores no poseen



Caza de gaviotas

suficiente sangre fría y mucha práctica en la caza de aves acuáticas. Aun es necesario más cuidado cuando se caza en terrenos pantanosos cubiertos de mucha maleza: jamás se debe tirar al vuelo en tanto que el pato no se halle á una altura de 24 á 30 pies, y mucho mejor se hará si se le deja que salga fuera de la línea de cazadores.

Los encargados de hacer la busca deben guardar las mismas reglas de prudencia. Nunca tirarán en la dirección en que se hallen las escopetas; por el contrario, deberán tirar hacia su espalda. También cuidarán de que tanto ellos como los ojeadores no se retrasen de la línea que van formando. Allí donde no puedan ver todo el terreno, ni ser vistos por los tiradores, deben inmediatamente hacerlo saber, bien por medio de silbidos ó dando voces para animar los perros, á fin de que puedan tener los cazadores conocimiento exacto

de la situación de los ojeadores, con el fin de evitar desgracias. Es conveniente para ello establecer multas si se han de evitar los percances que puedan ocurrir por falta de disciplina entre los cazadores, exigiendo con rigor el importe de ellas á los que contravinieren.

La época de la recolección proporciona al cazador buenos ratos de solaz en las localidades donde hay siembras cerca de las lagunas, porque los patos caen en bandadas sobre los rastros y aun más sobre las eras, á regalarle con el grano, sobre todo en las cebadas tardías y en las avenas.

Antes de segar estos cereales puede construirse un hoyo de 3 metros de diámetro por lo menos, formando un parapeto alrededor de él con las tierras que se saquen, teniendo la precaución de situar unas aspilleras y de cubrirlo con ramas de los árboles más próximos: Sólo falta poseer un pato que no pueda volar,